

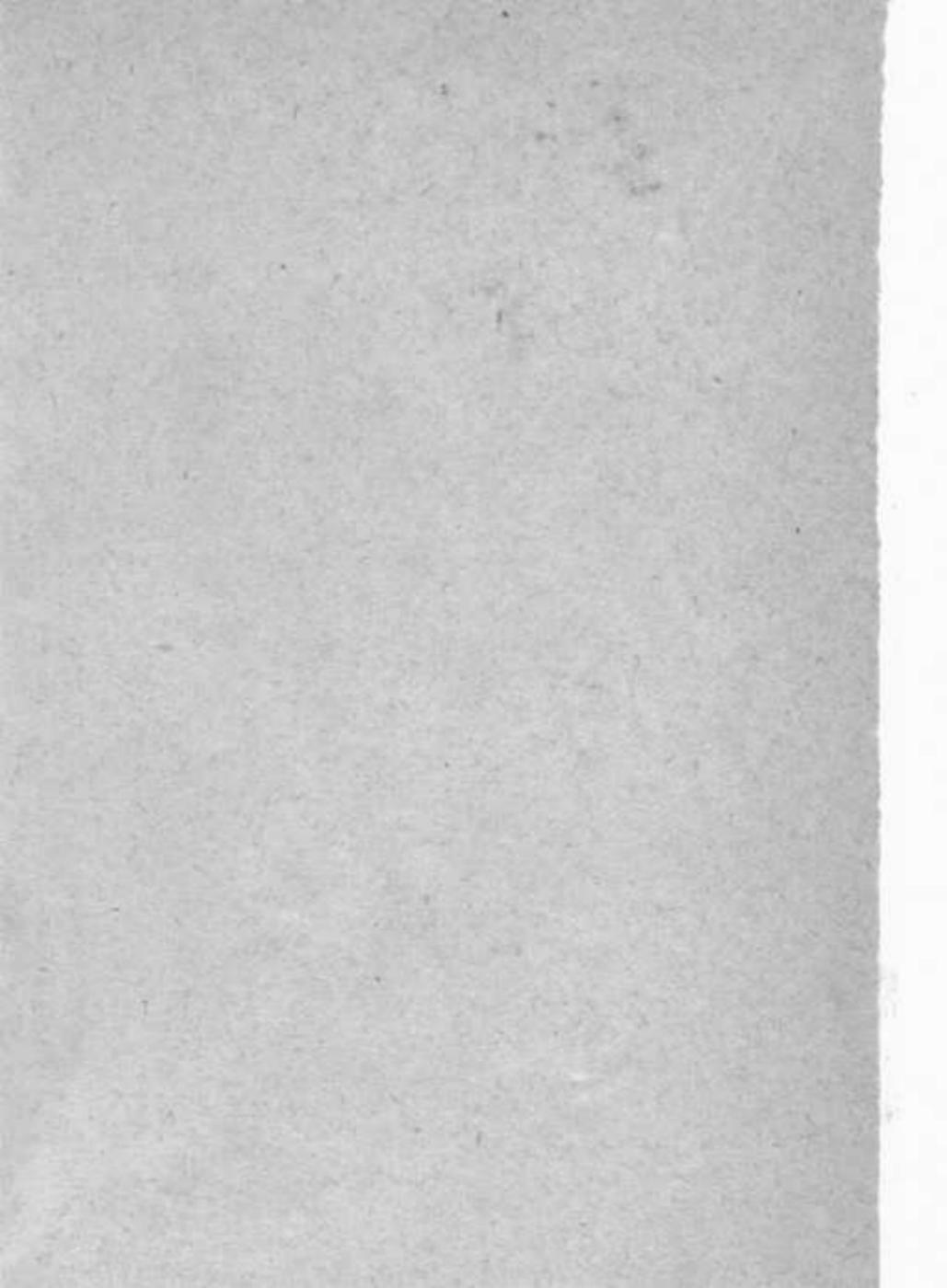
WA
WOLLE

13.

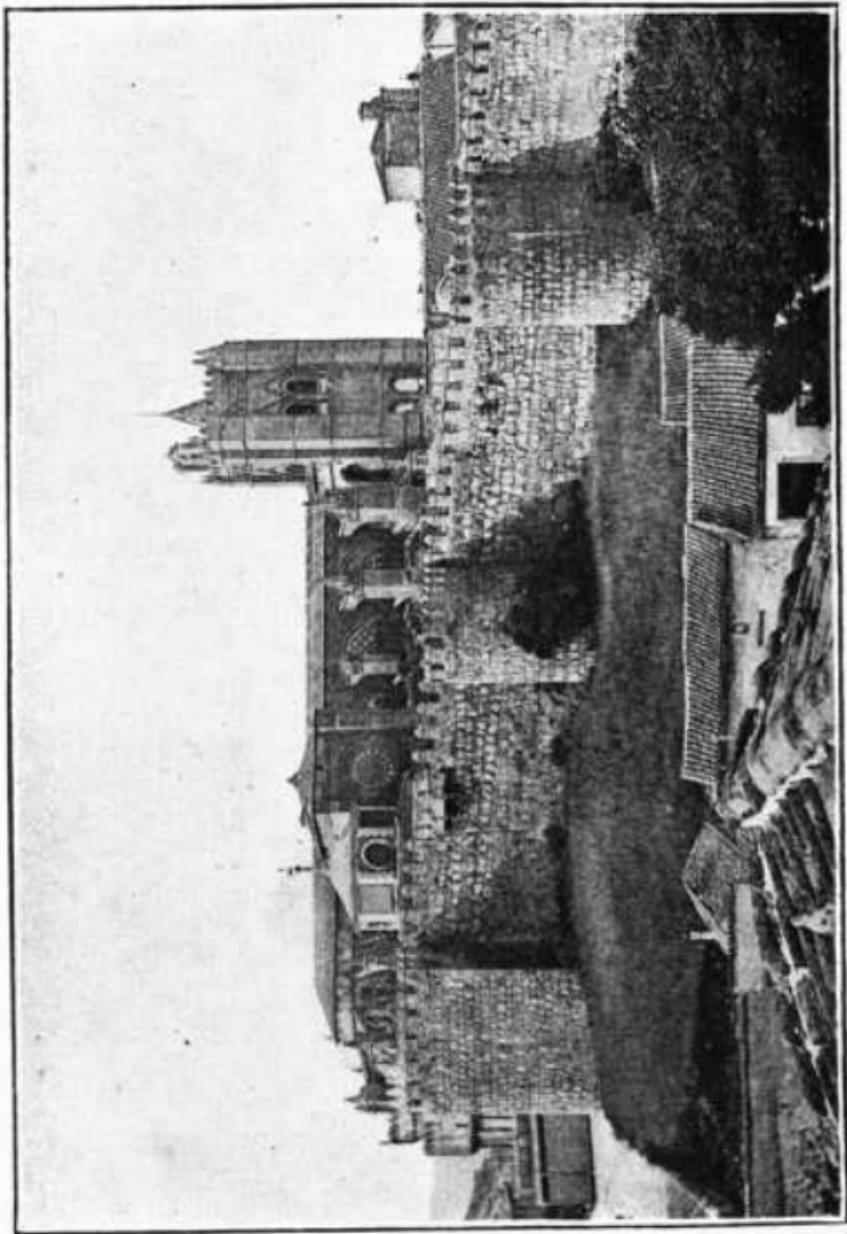












AVILA

Una Santa Española

Estudio psicológico
de Santa Teresa de Jesús

Umschlag des Buches

Verlag des Verfassers

Una Santa Española

Estudio sicológico
de Santa Teresa de Jesús

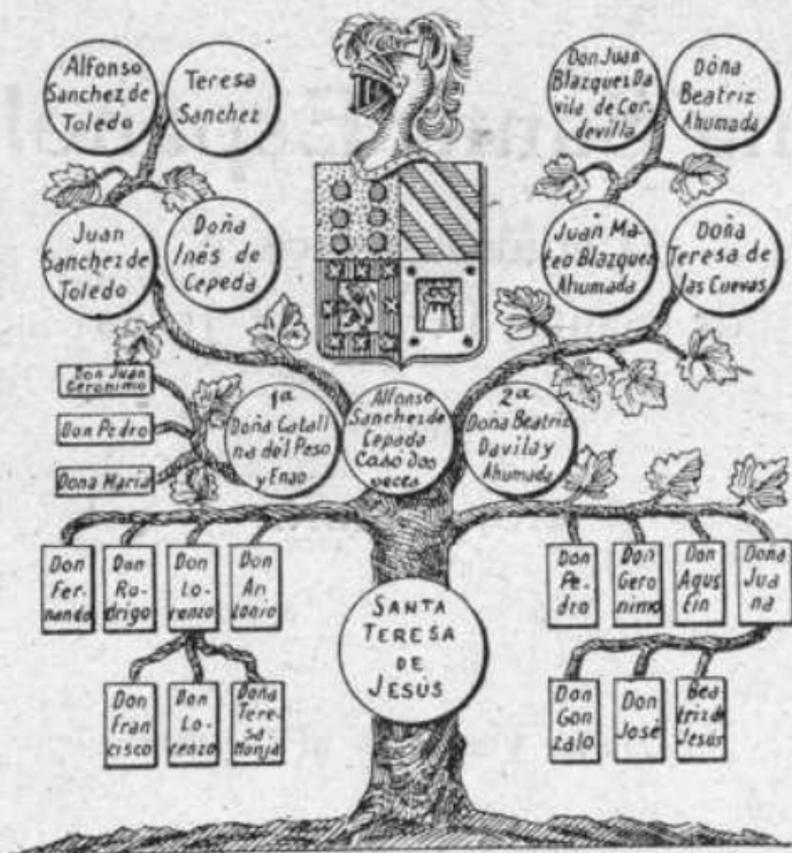
por

ARVÈDE BARINE

Traducido y adaptado al Castellano

por

RENATO SANCHEZ



ARBOL GENEALÓGICO DE STA TERESA DE JESÚS

*nació en Avita el 28 de Marzo de 1515,
 murió en Alba el 4 de Octubre de 1582.
 Beatificada por Paulo V en 1614 y solemnemente
 canonizada por Gregorio XV en 1622.*

A la distinguida prima la
Marquesa de Fene Castle.

Ju al.

Reus y Daudre
Paris julio 26 - 1917

De una manera jeneral, podemos asegurar que nuestra imaginacion nos representa en forma poco real la fisionomia moral, y aun material, de aquellos seres extraordinarios que, en las artes, las letras, la religion o la guerra, han ocupado una situacion superior al comun de los mortales.

Estos seres a quienes juzgamos al través de sus grandes obras, pierden para nosotros su fisionomia terrestre, y nuestra fantasia tiende a considerarlos adornados, únicamente, de cualidades sobrenaturales.

Este error ha sido fomentado, en especial, por los escritores de biografías de Santos, con fines muy piadosos pero, a mi modo de ver, poco conducentes al objeto perseguido. Han desnudado al Santo o a la Santa de su envoltura terrenal hasta formar del personaje un ente inaccesible al entendimiento humano.

Si se quiere, sin embargo, estudiar, con buena fé y discernimiento, los antecedentes, los móviles, los estados de conciencia que encaminaron estos seres en la ruta de la perfección espiritual, encontramos, muchas veces, en ese estudio una fuente de energía y de optimismo que, estoy seguro, impresionará aún los espíritus más intransigentes del libre pensamiento y de la crítica filosófica.

Recorriendo, una mañana, los malecones

del Sena donde, desde hace muchos años, de seguro mas de ciento, se han establecido los vendedores de libros viejos, llamó mi atencion un pequeño volúmen polvoriento en el cual leí el nombre de Santa Teresa de Jesús.

El libro no era antiguo, pero su edicion estaba agotada. Su autor, creo que es una mujer, literato distinguido y ya muerto, habia escrito un estudio sicológico de Santa Teresa para la Revista de Ambos Mundos, y juntándolo despues con otros artículos sobre diversos temas, habia publicado el volúmen que tenia en la mano.

He creido que la traduccion al español de este pequeño estudio, poco conocido, de esa mujer de jenio, honra de la Iglesia Católica y de la literatura española, podia ser de interés. Me pareció, además, escrito

con talento y exelente intencion; y su lectura, provechosa.

Que me valga, a mi tambien, la buena intencion.

EL TRADUCTOR.

Una santa española

CAPÍTULO I

Santa Teresa nació en Avila, en la Vieja Castilla, el año 1515.

Es fácil reconstituir el medio ambiente en que creció la futura Sor Teresa de Jesús, pues la ciudad guarda, hasta la época presente, el aspecto de antaño, pero des poblada y como muerta sobre su roca.

Avila conserva intactas sus fortificaciones medioevales, con sus murallas macizas, sus torres redondas de granito, sus

altas puertas y una Catedral que semeja fortaleza.

La sierra de Gredos, con sus crestas peladas y sus inmensos chaflanes de piedra, domina la ciudad por el lado sur. Sin senderos y casi inexplorada, está habitada por pobladores semi-salvajes.

En los afueras de Avila, y en el suelo erizado de enormes bloques de piedra, se destacan groseras estatuas de animales talladas en el granito por artistas bárbaros. Sobre sus áridos paisajes pesa un clima duro. El invierno es frio y largo y la primavera efímera.

Los habitantes de Avila tuvieron antepasados belicosos que vivieron en continuo batallar, obligados a rechazar frecuentes asaltos a sus murallas.

Las mujeres no le cedían a los hombres

en valentia. Asaltada la ciudad un dia en que sus hombres estaban ocupados en lejana espedicion, las mujeres designaron como jefe a Jimena Blasquez. Se armaron y rechazaron los asaltantes. La ciudad agradecida confirió el derecho de voz y voto en las asambleas públicas a Jimena y a sus descendientes.

La bravura y el caracter belicoso de sus habitantes conquistó para Avila el sobrenombre de *Ciudad de Caballeros*.

En los años que siguieron, los moros fueron vencidos y las querellas intestinas acalladas, Carlos Quinto y su hijo acostumbraron a los grandes de España a la vida de paz y de pereza, y los belicosos Avileses se vieron obligados a buscar otra salida a sus instintos heróicos. La dura relijion de la época fué, forzosamente, el

campo propicio al hidalgo pobre que no encontró empleo en el comercio o en el servicio del Rei.

La ciudad guerrera se transformó en almácigo de Santos, que asaltaron el cielo a disciplinazos, a ejemplo de sus padres que forzaron castillos, espada en mano.

Avila *Ciudad de Caballeros* fué bautizada por el ingenio popular con el nuevo sobrenombre *Avila, Cantos y Santos*.

El padre de Santa Teresa se llamaba Alfonso Sanchez de Cepeda y contaba entre sus antepasados un rey de Leon. Su madre, Beatriz Dávila de Ahumada, pertenecía a la mas rancia nobleza de Castilla. La linea paterna y la linea materna poseian en toda su integridad la *limpieza*, es decir no se habian mezclado jamás ni con moros ni con judios u otras razas de sangre

impura. Era esto título indispensable en la España de aquél entonces, para tener situación social y gozar de consideración pública. Los prejuicios eran tan arraigados, que la falta de *limpieza* excluía de las funciones públicas.

Con este motivo, el mismo Sancho Panza, que siempre temió un posible fracaso de sus sueños de grandeza, cuidaba de repetir a su amo « Soi cristiano y eso basta ».

Santa Teresa, ya monja carmelita, se burlaba de todo aquello, y acostumbraba agregar « amasados con el mismo barro, discutir sobre la nobleza de oríjen es como discutir si una tierra vale mas que otra para fabricar ladrillos o adobes ». Sin embargo, en su interior, siempre conservó un pequeño rincón de prestigio para

la tierra con que se amasa los hidalgos. Aquello se le trasluce, a su pesar, y cuando, refiriéndose a una mujer, empleaba la espresion « era de noble cuna » bajo el sayal aparecia la descendiente del rei de Leon.

Alfonso Sanchez era de alta estatura y de bella presencia. Sus maneras eran distinguidas y su caracter austero. Quería que la jente de su casa observara las prácticas piadosas y sabia imponer su voluntad.

Jeneroso con los pobres y bondadoso con sus sirvientes, no quiso tener esclavos, cuando a su alrededor los habia por rebaños y marcados a fuego. Vivió encerrado en su casa, ocupado en leer libros serios u obras de devocion.

Su mujer y sus hijas vivian recluidas

estrechamente y sin recibir visitas de hombres, conformándose a la tradicion legada a España por los moros.

Tuvo suficiente independendia de carácter para considerar conveniente dar cierta instruccion a sus hijas mujeres, apesar de los prejuicios de sus contemporaneos sobre la materia.

En ese tiempo, esa manera de pensar no era comun; y se conoce el caso de los serios tropiezos que tuvo que vencer Sor Teresa de Jesus en la formacion de uno de sus últimos conventos porque entre nueve postulantes a monjas, entre las cuales habia cuatro nobles, no habia mas que una « que supiera leer corrientemente ».

En los escritos de los contemporaneos se diseña la figura de Alfonso Sanchez de

Cepeda en su gran biblioteca donde los autores latinos, los padres de la iglesia y los poemas religiosos y didácticos ocupan el mayor sitio. Arrinconadas duermen, o parecen dormir, las obras profanas : novelas de caballeria, *cancioneros* galantes y sutiles, *romanceros* heróicos.

La casa silenciosa está rodeada de jardines. Don Alfonso lee. Su ademan es orgulloso, la espresion de su rostro leal y severa, como la de aquellos viejos hidalgos castellanos que los pintores españoles nos hacen ver en túnica oscura y golilla blanca : carpantas flacas con almas fieles y testarudas, buenos y crueles si Dios, el Rey u el Honor asi lo mandan. De vez en cuando Alfonso Sanchez de Cepeda llama a uno de sus hijos, que le dá un volúmen escojido entre los autores serios, se hace

dar cuenta de la lectura anterior, aclara y endereza las ideas. Las reflexiones candorosas de Antonio, el futuro fraile, le hacen sonreír; y lo alegran las orijinalidades de su hijo Pedro, que con el tiempo tanto dará qué hacer.

Esta figura fría y digna de don Alfonso, con su gran pureza de costumbre y su veracidad escrupulosa, este hombre inflexible que, según su hija Teresa, « nunca lanzó un juramento, ni habló mal de nadie », era el jefe designado para esta nidada de doce pequeños Avileses, criaturas independientes, que debió sofrenar y dirigir.

Tuvo dos hijos y una hija de un primer matrimonio, y siete varones y dos mujeres de Beatriz de Ahumada, la madre de Teresa.

Beatriz fué la figura deliciosa que iluminó la vieja casa señorial de los Sanchez de Cepeda.

Casada a los quince años murió agotada a los treinta y tres. De belleza orijinal y esquisita, aunque de salud delicada, tenia el caracter modesto y suave, el corazon tierno, la imajinacion viva y curiosa, el espiritu adornado de todas las gracias y de todas las seducciones. Su estado enfermizo la obligó a dar la direccion de la casa a su hijastra. Desde jóven, y en la flor de su belleza admirable, renunció al adorno y vistió como vieja. Vivió severamente, con aparente tristeza, en un retraimiento indolente de enferma. Sin embargo, esa estancia, donde el sufrimiento se estableció a firme, y donde el ángel de la muerte ya estendia sus alas, era para

Beatriz un mundo poblado de encantadoras visiones. Desde su lecho se figuraba ver desfilas tropes de paladines enamorados.

Todos los romances de caballeria, escondidos en la biblioteca de don Alfonso Sanchez, y que este se guardaba bien de tomar en manos, todos esos volúmenes de poesias, juzgados por él peligrosos, y que contaban la locura heroica y las pasiones ardientes de los antepasados, su misticismo violento, sus sentimientos alambicados y su fantasia picaresca, todo eso le veia desfilas Beatriz detras de las cortinas de su lecho y la trasportaban a una region poetica donde Dios, las hadas y los ~~libros~~ socorrian los bizarros caballeros y libran las virtuosas damas. Entregaba ella despues esos libros a sus niños, que

los devoraban, a escondidas de sus padres, y sus almas, empleando una espresion muy española, ardan de dos fuegos distintos; el uno sombrío y devorador, atizado por un padre austero y dominante, el otro liviano, caprichoso y brillante, nacido de los labios sonrientes de una madre espiritual y romántica. El alma de los niños se modeló en esta doble influencia.

Nos faltan documentos sobre el segundo de sus hijos. Se ha dicho anteriormente que Antonio, que era el quinto, se hizo fraile. Los otros siete fueron soldados, y partieron para América, salvo, quizás, el mayor sobre el cual no hay detalles precisos.

La América de entónces era la tierra fabulosa donde la España daba vida real a sus romances de caballeria. Era la tierra

de aventuras, donde se ejecutaban hazañas mas extraordinarias que las contadas en los libros predilectos de Beatriz.

Esto mismo explica como en España los romances de caballeria tuvieron voga tan prodijiosa y persistente, y que fueran el alimento intelectual de tanta gente que nunca fué tenida por loca. Carlos V. dictó una ley contra esos libros, y leia a escondidas, como un estudiante cualquiera, uno de los mas descabellados: *Don Belianis de Grecia*. Bajo Felipe segundo las cortes intervinieron y pidieron autorizacion para quemar todos los romances de caballeria y poner fin de esta manera a las extravagancias y, en particular, decia la peticion, a los desvarios de las niñas que pasaban el tiempo leyendo *Amadis*.

Todo aquello quedó en nada. La aficion

por esos libros era general y de raíces profundas en la historia de la España del renacimiento.

El pueblo español que oyó contar las hazañas de los compañeros de Cortez y de Pizarro por boca de sus mismos hermanos e hijos, encontraba naturales las empresas mas estravagantes y los hechos de armas mas miríficos ; o mas bien dicho reprochaba a los cronistas el quedarse cortos. En cuanto al elemento milagroso de los romances de caballeria, los españoles del siglo xvi no tenían necesidad de mirar hacia el nuevo mundo para encontrarlo.

La cosecha de santos que surgió en España los envolvió en una atmósfera de visiones y de milagros. Lo maravilloso pasó a ser lo sobrenatural, los brujos se

habian metamorfoseado en santos y la imajinacion popular no distinguia bien entre unos y otros. La suerte de las almas y de la doctrina cristiana fué la verdadera razon de la hostilidad de las cortes contra *Amadis* y demás libros de caballeria. Los prodijios de los santos y de los caballeros andantes se confundian.

Los hijos de don Alfonso encarnaron los personajes de sus libros de lectura.

Los varones tomaron a su cargo las aventuras y las batallas, y se desempeñaron brillantemente.

Fernando tomó parte en la conquista del Perú, se portó como un valiente y recibió en premio grandes estancias en el pais conquistado. Rodrigo encontró la muerte en una batalla en las riberas del Plata. Pedro se metió en peligros como

un loco, y volvió, definitivamente, tal a su patria.

Agustin descolló como jefe militar. Ganó diez y siete batallas sobre los chilenos (*el cronista se refiere seguramente a los araucanos*) y fué después gobernador de una ciudad importante del Perú.

Los demás hermanos fueron soldados valientes, buenos cristianos y hombres íntegros.

En cuanto a las tres niñas mujeres su suerte fué diversa.

Maria y Juana se contentaron con ser personas virtuosas; se casaron bien y vivieron entregadas a las prácticas de piedad.

Teresa de Jesús, la estrella de la familia y heroina de este relato, se encargó de apagar la sed de una jeneracion ávida de sucesos maravillosos y sobrenaturales.

CAPÍTULO II

Teresa Sanchez de Ahumada era bien proporcionada y tenia el andar de una diosa. Como las mujeres de los paises donde quema el sol, la tonalidad de su rostro era mate, su piel fina y blanca.

Sus cabellos negros ondulaban sobre una frente inteligente.

Sus ojos muy negros y redondos, un tanto saltados, pero espresivos y burlones, chispeantes de ingenio. Sobre esos negros ojos, cejas cuasi rectas, que iluminaban su fisonomia. La nariz chica y redonda, banal; la boca mas bien mal que bien, con el labio inferior un tanto caido; pero con dientes soberbios y sonrisa natural. Tres

pequeños lunares, coquetamente puestos por la naturaleza sobre su mejilla izquierda, daban un atractivo malicioso a su radiante cabeza.

Tenia la voz agradable, los movimientos agraciados, y cuidaba con esmero sus manos de mujer de raza, blancas, largas y delgadas.

Habia heredado de su padre la distinción y la nobleza del rostro.

Uno de sus contemporáneos la describió como « una de esas bellezas de pelo negro, habitualmente majestuosas ».

De su madre, tenía la afabilidad que conquista corazones, y que, durante su vida, le sirvió más que las órdenes y los estatutos, para conseguir de sus monjas prodigios de abnegación y obediencia.

Su constante alegría triunfó de los otros

obstáculos. Tenia tanta y tan espontánea, que habria marchado sonriendo a la hoguera.

Ya madura, y con el prestigio de reformadora y de gran Santa, fué a instalarse en un convento de carmelitas donde era fama que las monjas se morian, al pié de la letra, de fastidio y de tristeza.

Recortó las penitencias, estuvo tan amable y entretenida, que dejó las monjas contentas y felices, con el ánimo levantado.

Su talento era sólido y de vasto horizonte, la imaginacion ardiente y apasionada. Su educacion, influenciada de doble manera por sus padres, se desarrolló en todo sentido.

Era la regalona de su padre, que le desarrolló la aficion a la lectura desde pe-

queña, y le fomentó el gusto por las cosas científicas; se formó un criterio tan seguro y tan sano, que alejó siempre a sus monjas de la direccion de los confesores semi-sabios; les aconsejaba preferir un ignorante con buen sentido, y sin pretensiones.

Por otra parte los romances de caballeria, prestados por su madre, daban alas a su imaginacion. Se pasaba los dias, y a véces las noches, leyéndolos, siempre temerosa de ser sorprendida por su padre.

Beatriz le hacia rezar rosarios y recitar oraciones de difícil comprension; Don Alfonso le daba a leer la *Vida de los Santos*, tan entretenida como un romance de caballeria. Desde pequeña vió a sus hermanos hombres entretenidos en sus habituales juegos militares, y su cabezita trabajaba. No sabia aun qué hacer, pero soñaba con

hazañas extraordinarias, ejecutadas por ella.

A los siete años sujestionó a su hermano Rodrigo, que en esa época tenía once, la idea de arrancarse a tierras de moros para ser mártires, como en la *Vida de Santos*.

Realizaron su propósito y se escaparon de Avila; pero en el camino encontraron a uno de los tios que los volvió a la casa. Rodrigo no anduvo valiente y acusó a la hermana. « Es la pequeña, dijo, la *niña* que tiene la culpa de todo ».

La *niña* asumió con toda audacia la responsabilidad y adujo razones. Ella queria ir hacia Dios, y « Era ese el buen camino señalado por los libros ».

A los catorce años se enamoró de un primito que Don Alfonso — ese hombre tan discreto — tuvo la imprudencia de admitir

en la casa. Santa Teresa en su autobiografía aconseja a los padres desconfianza con los primitos! Estaban todos ellos a los piés de la sirena que se acusa, como de un gran pecado, de haber sabido « Dar interés a la conversacion ».

En esa época el cielo comenzó a perder terreno, y Satan y sus pompas a invadir la fortaleza, en forma de cosméticos y perfumes.

Teresa Sanchez de Ahumada se volvió coqueta y frívola. A medias con Rodrigo a quien dominaba, escribió un romance de caballeria. El romance fué leído en Avila y la llenó de popularidad.

Don Alfonso se alarmó. Beatriz, su mujer, habia muerto y Maria, la hermana mayor de Teresa, estaba en vísperas de casarse. Desconfiaba de sus fuerzas para dirigir esta

niña de inteligencia privilegiada, que era su orgullo y alegría. Era demasiado brillante y exaltada. Su naturaleza iba de un extremo a otro. De los alborozos místicos de la oracion solitaria, al gusto apasionado del aderezo y de los triunfos mundanos.

Don Alfonso tomó, bruscamente, la resolution de meterla como pensionista en un convento, sin sospechar, cuenta después la Santa, lo indispensable y urgente de la medida.

Los ocho primeros dias fueron terribles; el convento le pareció una prision. Desde la segunda semana comenzó la reaccion, debida en buena parte al ascendiente tomado sobre ella por la hermana monja que cuidaba de las alumnas.

Esta monjita era una mujer de talento y de mérito, siempre tranquila y con « tanta

elocuencia natural » que aun las alumnas menos devotas la escuchaban con atencion y agrado cuando abordaba los temas sobre la preparacion a la vida futura. El trabajo escolar, dirijido por esta discreta monja, sirvió de consuelo a Teresa de Jesus, pero no disipó sus prevenciones sobre el convento y el estado relijioso. La vocacion se manifestó, se puede decir, contra su voluntad y apesar de sus antipatias.

De los diversos y numerosos motivos que pudieran decidir a una española del siglo XVI a tomar el velo, la verdadera vocacion era la mas susceptible de formar un conflicto de conciencia en una alma sincera y noble.

Teresa Sanchez de Ahumada, antes de decidirse, se vió presa de grandes angustias.

Para comprenderla, hay que evocar la mentalidad relijiosa de la España de entonces de la cual quedan en ese pais vestigios que en Francia son solo recuerdos, aún para los mejores católicos.

La relijion era dura como las costumbres.

La España tenia grandes virtudes pero no era humana.

Los pintores gustaban de representar en sus telas todo jénero de suplicios. Felipe IV hacia pintar por Velasquez las figuras de cuatro enanos repugnantes y solo a un hombre para quien la espresion de « hermanos humanos » fuera desconocida podrá ocurrírsele hacer inmortalizar, quizás por el mas gran pintor del mundo, las diformidades de un desdichado.

El Dios de los reyes católicos era sombrio, como ellos.

Para ser buen católico era necesario creer, como lo espresa un escritor contemporáneo, en « la eficacia bendita de la sangre derramada y de los miembros despedazados ».

En otros términos en la eficacia del holocausto sangriento ofrecido a la divinidad.

En los tiempos antiguos, según cuenta la historia, los dioses gustaban de la sangre y de los sacrificios, y esta creencia había dejado rastro en todas las religiones. Sin necesidad de buscar entre los paganos, Jehovah, el dios de los judíos, exigía víctimas, y no es difícil, siguiendo la filiación religiosa, llegar, a través del Golgota, a las gotas de sangre que la disciplina hacía verter a sor Teresa de Jesús, a los pies del crucifijo.

A ese Dios exigente y temible no era posible tratarlo con la familiaridad del Dios bondadoso, y un tanto escéptico, de muchos cristianos de hoy.

A ese Dios no se le encontraba sino habia esperanza fundada « de estar bien con él » segun la bonita espresion de Santa Teresa.

En cambio cuando Él se habia dignado tomar a alguien bajo su proteccion, lo guiaba y sostenia con una fuerza y fidelidad invencibles.

En *La Devocion a la Cruz* de Calderon un bandido cargado de crímenes resuscita para recibir la absolucion, y se salva por haber nacido frente a una cruz, cuyo signo lleva impreso en el pecho. Letra de cambio firmada por Dios, y que Dios no podia protestar.

Hasta la recompensa ofrecida a los elejidos inspiraba mas pavor que codicia. Se contaba por lo bajo, por temor de la Inquisicion, que tenia los milagros en recelo, que esta recompensa era de un misticismo vertijinoso, lleno de terrores sagrados y de alegrías sublimes.

La España enjendraba en ese entónces la gran escuela de los Juan de Avila y Luis de Granada que produjo millares de obras en prosa y en verso; y el alma de los elejidos subia, de peldaño en peldaño y de éxtasis en éxtasis, en medio de indecibles sufrimientos hasta la union intima con Su Creador.

No se escapaba a la gran intelijencia de Teresa de Jesús las asperezas y sufrimientos de esta fiesta celeste, a la cual se sabia convidada.

Resistió a la vocacion, y su padre, que probablemente fué su confidente, la sacó del convento, a los diez y seis años y medio, para distraerla y divertirla.

Se agregaban pequeñas razones a las grandes. Las austeridades le causaban repulsion fisica y los libros de piedad la fastidiaban. Por otra parte se sentia empujada al claustro, fuera de su vocacion, por un estado de ánimo que, hasta ahora, es compartido por muchas mujeres. Su carácter demasiado independiente la alejaba del matrimonio ; Obedecer a Dios, pase ; pero a un hombre... !

Una de sus contemporaneas, la noble Catalina de Sandoval, dirá « Que hay bajeza en someterse a un hombre » y entrará al Carmelo para escapar a esa vergüenza.

Teresa Sanchez de Ahumada no estaba léjos de pensar de la misma manera y con ese buen sentido, que nunca la abandonó apesar de su imaginacion desbordante, juzgó que, fuera del matrimonio, no habia sitio cómodo, en una sociedad como la suya, para una niña bella y espiritual, pero sin madre. Acabó por pedir permiso a su padre para tomar el velo. Su padre se lo rehusó; pero Diós habia dispuesto otra cosa.

En las primeras horas del dia 2 de noviembre de 1533 Teresa de Jesus, transida de dolor pero resuelta, se enclaustró en el convento de Carmelitas de la Encarnacion, situado en los afueras de Avila.

« Me parecia, refiere ella, que mis huesos se desprendian unos de otros ».

Junto con revestir el hábito de las novicias volvió la calma, y se sintió invadida por la dicha. Para aquellos que no comprenden esta clase de sentimientos, poco accesibles al solo razonamiento, nos contentaremos con citar el grito de triunfo de Teresa de Jesús, algunos meses mas tarde, cuando pronunció sus votos. « No tenia veinte años y me parecia ver el mundo vencido a mis plantas ».

Yo no sé nada, pero esta linea de conducta es para mi como puerta abierta a un mundo desconocido, donde las reglas habituales de la humanidad no son applicables, donde tienen otras denominaciones lo que nosotros llamamos sabiduria i locura; donde nuestros juicios, las palabras que empleamos y las cosas que tocamos, están en otro plan; y donde el hombre sin

fé, que emite su opinion, se parece a aquel de nosotros que quisiera aplicar nuestras medidas a espacios de cuatro o cinco dimensiones.

CAPÍTULO III

Durante cerca de veinte años Sor Teresa de Jesús fué una buena relijiosa, que no se distinguió de sus compañeras. Decididamente las oraciones le causaban aburrimiento.

« Años enteros, segun dice ella misma en sus escritos, en las oraciones solo estaba pendiente de la hora en que debian acabarse ». Sus hábitos de limpieza la hacian considerar como placer el barrido. A falta de otros títulos, siempre habria merecido ser llamada la Santa de la escoba.

En los primeros años, y mientras su actividad no tuvo a su cargo asuntos de mayor importancia, se ocupó en arreglar,

limpiar, asear lo que le caía a mano, haciendo guerra a muerte a las telas de araña y a las tohallas sucias.

Cuando, en los años siguientes llegó a ser la reformadora, con influencia en las resoluciones del rei y del nuncio, suplicaba al Superior los frailes carmelitas pusiera mano de fierro e hiciera estatutos para obligar a los frailes a la limpieza. « Hágalo por amor de Dios, decia. Si su paternidad viera sus camas y servilletas de mesa, no vacilaria»; y agregaba Sor Teresa, con melancolia, « Todo será inútil, siendo como son ».

Los dos grandes acontecimientos de este periodo de su vida fueron una gran enfermedad que tuvo en esa epoca y la muerte de su padre. La enfermedad fué cruel y estraña. Sor Teresa sentia, de los piés a la cabeza, dolores tan atroces que le

hacian el efecto de « ser desgarrada por agudos dientes ».

Los médicos no acertaban con el diagnóstico, y se inclinaban a creer en una enfermedad nerviosa. Una última crisis la dejó privada de conocimiento y con el cuerpo encorvado. Recobró el sentido cuatro días después. « Mi lengua, dice ella en sus escritos, se había hecho pedazosa a fuerza de mordiscos. Sentía mi cuerpo dislocado y la cabeza hueca. Mis nervios se habían contraído de tal manera, que mi cuerpo estaba todo encojido ».

De este ataque le quedó una parálisis que desapareció al cabo de algunos años, y algunas penosas dolencias, que no la abandonaron en el resto de su vida y que le dieron sobre la higiene ideas que puso en práctica en sus conventos. Tenía

sobre el cuerpo y el espíritu, sobre la relación estrecha que existe entre los fenómenos de alta espiritualidad y los exesos de ayuno y de insomnios, ideas tan claras y definidas, que merecerían la aprobación de nuestros fisiologistas modernos.

Asistido y cuidado por su hija Teresa, entregó Don Alfonso su alma a Dios el año 1541. Pasó sus últimos años en continua y dulce intimidad con esta hija predilecta, sorprendido del juicio y capacidad de la monjita, que, desde el fondo de su celda, echaba miradas tan penetrantes y certeras sobre los sucesos humanos.

La muerte de su padre causó un profundo dolor en Sor Teresa y cuando la recordaba, años después, decía que « sentía que su alma se desprendía de su cuerpo ».

La existencia monótona e insípida llevada

por Sor Teresa en el convento, comenzó poco a poco a causarle vergüenza. Sin causa justificada, pues nada incorrecto se ejecutaba ahí.

En su vida se acusa amargamente del doble pecado de distancia a los ejercicios espirituales de piedad, y de afición a las pláticas mundanas.

Para una niña que siempre se había dado por espíritu despreocupado de futilidades y que frecuentemente, repetía « Para los necios se han hecho los necios escrúpulos » estos remordimientos parecen extraños.

Por otra parte, y en esto tenía razón, estaba descorazonada con las miserables satisfacciones que la vida conventual había dado a sus sueños de piedad exaltada.

La Encarnación era uno de esos conventos donde la decencia era casi habitual y

donde la disipacion no habia hecho estragos : ni más, ni ménos.

Esta alabanza debió parecer mediocre a ese corazon levantado y ambicioso, y cuando su mirada penetraba en las otras casas del Carmelo, su desagrado orillaba la indignacion.

Mucho se ha escrito sobre el relajamiento de los monasterios de antaño. Sin pretender justificarlos, nos parece equitativo no perder de vista el rol tanto social como relijioso desempeñado por esos conventos.

No era humano, ni siquiera posible, exigir grandes austeridades a un conjunto de niñas que, frecuentemente, tomaban el hábito relijioso contra su voluntad, empujadas por las mismas familias, jeneralmente numerosas y sin fortuna suficiente para

dotar a las hijas. Por lo demás la opinion corriente era indulgente sobre la materia.

Cuando la niña estaba ya enclaustrada, la familia trataba de hacerle llevadero el sacrificio y ponía en acción toda su influencia para evitarle las mortificaciones y tristezas de la vida monástica.

Un hidalgo pobre, personaje del teatro de Calderon de la Barca, sostiene que ningun padre puede permitir a su hija un matrimonio fuera de su rango y « la mete a un convento para no menguar su sangre ». Para él, « la pobreza es vicio ». En esa comedia la heroina, ya monja, tiene entrevistas con un antiguo pretendiente, en su misma celda.

Estos sucesos siempre desagradables cuando llegaban hasta el público, tenían

menos resonancia y acarreaban menos vergüenzas, que un matrimonio desigual.

Santa Teresa que conocia estas llagas, producidas por el orgullo, aconsejaba a los padres de familia casar a sus hijas « aun cuando fuera con personas de condicion mas modesta » y no meterlas sin vocacion a un convento. « Todo esto en interés de su propia dignidad ».

Conociendo las condiciones en que, frecuentemente, era recrutado el personal de los conventos, no se puede sino ser indulgente, y aun estrañarse de que, con esas costumbres, la perversion no fuera mas profunda.

En Francia la abadesa de Maubuisson, hermana de la hermosa Gabriela d'Estrées, hacia representar comedias a sus novicias, y en Italia, en Ravena, una religiosa contem-

poranea de Santa Teresa cuenta en páginas candorosas sus pláticas con la Madre Superiora sobre el amor platónico y sus deficiencias.

En los conventos españoles hubo menos escándalos; sin embargo Santa Teresa, apesar de su acostumbrada reserva, nos déja entrever en el mismo convento de la Encarnacion, uno de los mejor reputados, cosas reprochables.

En el locutorio sin clausura, en los bellos jardines, aún en las mismas celdas adornadas frívolamente, había un continuo vaiven de personas.

Se hacian y se recibian visitas, se daban citas, se oian murmullos de romances y musicas profanas, en fin, miles de cosas mundanas que aunque, inocentes en el fondo, no eran de buen gusto ni habrian

sido toleradas por un padre de familia prudente.

Es curiosa la observacion de que las españolas, que aun vivian bajo la influencia de la tradicion morisca, que mantiene a las mujeres recluidas, encontraran en el convento una libertad desconocida en sus propias casas.

El mismo público, que juzgaba severamente los pequeños deslices de los particulares, otorgaba su induljencia a estos pecados cuando se realizaban al abrigo de la casa conventual. Santa Teresa, a lo ménos, así lo asegura.

Estas debilidades tenian algunas compensaciones. Gracias a la benignidad de la regla, la Iglesia se enriquecia de activos y prestigiosos auxiliares. Hombres y mujeres, ya en edad madura y fatigados de la

vida mundana, tomaban el hábito y aportaban a la comunidad, junto con sus intintos de indisciplina, el fruto de su práctica esperiencia y de su espíritu de iniciativa.

La clara intelijencia de Santa Teresa supo sacar partido de estas personas en beneficio de sus designios. Ella fué quien decidió entrar al Carmelo al fogoso padre Mariano. Era este un soberbio ejemplar de la raza italiana, alto, vigoroso, enérgico, de palabra fácil y con ademanes bruscos. Nacido en Nápoles de familia noble y rica, era elocuente y aficionado a las letras.

Se recibió de doctor en teolojia y mostró tal destreza en los negocios, que los padres del Concilio de Trento lo enviaron en mision al Norte.

Durante su viaje conoció a la reina de Polonia y esta tuvo el capricho de nombrarlo su mayordomo, poco tiempo después renunció al empleo, hizo voto de castidad, entró en la Orden de Malta, se batió como un demonio en San Quintin y por último fué encarcelado por sospecha de asesinato. Al cabo de dos años probó su inocencia y Felipe II, juzgándolo a propósito para maestro, le nombró ayo de uno de los príncipes. Utilizaba en esa misma época sus conocimientos en ingeniería.

En ese estado de cosas llegó a oídos de Mariano la noticia de que en un desierto, no léjos de Sevilla, habia sentado reales una colonia de ermitas que vivia santamente y en gran independendencia. Era su sueño dorado. Se fué al desierto, se hizo ermita y allí estaba desde hacia ocho años,

cuando lo descubrió Santa Teresa y se lo conquistó.

Se dejó meter la cogulla de los carmelitas, y fué un adalid esforzado de la reforma, aunque incómodo. Lo fué tal hasta su muerte. Siempre fogoso, siempre arrebatado y listo para ultimar a los pícaros. Metió en grandes apuros a Santa Teresa, a fuerza de ser « franco e injenuo ».

Una figura, aún mas orijinal y pintoresca que la del padre Mariano, fué la de Catalina de Cardona, gran amiga de Santa Teresa. Era duquesa y descendia de los reyes de Aragon. Sus padres pretendieron casarla a los trece años, pero ella, que habia hecho voto de pureza, imploró de la asistencia divina el alejamiento de ese cáliz. « Y la confianza de Catalina de Cardona tuvo su recompensa; su novio se

murió ». Así relata un piadoso historiador, que bien pudiera haber tenido la caridad de averiguar si el novio aquel tuvo, al morir, los consuelos de la relijion y su visto bueno para el cielo.

Después, cuando los años le asentaron el seso, fué buscada por Felipe II y empleada como gobernanta de los principes Don Carlos y Don Juan de Austria que, a la fecha, tenían catorce años. Catalina fué una aya virtuosa ¿pera tranquila y juiciosa?

Por lo que respecta a don Carlos la cosa ofrece dudas. Por lo demás y bastante inopinadamente, una noche se arrancó del palacio por una ventana, se cortó el pelo, revistió túnica de ermita y partió en busca de un desierto y de una caverna. Encontró una y otra en la Man-

cha, rejion predestinada para estos casos en los romances españoles.

Al cabo de algunos años fué descubierta en su gruta por unos pastores, y llegó a ser una ermita célebre, que atraia la jente desde rejiones apartadas. « Nadie sospechaba su sexo ».

¡ Qué tiempos y que pais aquel para la fantasía, en que una duquesa y gobernanta de príncipes reales podia desaparecer de la corte por la ventana del palacio y llegar a ser personaje de leyenda y de romerías, guardando su incógnito!

Las cartas de don Juan de Austria, encontradas en su gruta, la traicionaron.

Con esto su popularidad no hizo sino crecer.

« En algunas ocasiones, dice Santa Teresa, el campo estaba tapado de carretas

llenas de peregrinas que venian a verla. » Un dia, finalmente, decidió fundar un convento y tomar el hábito. Pero no en un convento de mujeres sino en uno de hombres, y se vino al Escorial a solicitar fondos con ese objeto. Tuvo un éxito extraordinario, salvo con el nuncio del papa a quien la cosa no hizo gracia y que hizo observaciones sobre su vestimenta inadecuada y sus modales « de obispo ». Ella se justificó con tanto ingenio, que el nuncio acabó por darle su bendicion y dejarla en paz.

Fundó un monasterio de frailes carmelitas en el sitio mismo en que ella se habia establecido anteriormente, y se fué a pasar el resto de su vida a otra gruta próxima que le habia construido el padre Mariano.

Nacieron para comprenderse, y Santa Teresa estimaba en ménos las personas

que llamaban loca a Catalina de Cardona.

La atmósfera que produjo esas furiosas ráfagas de piedad podía no parecer pura, pero de seguro no era fría. El buen grano debía germinar. Las ideas un tanto desordenadas de Santa Teresa hasta sus cuarenta y cinco años, comenzaron a aclararse y su voluntad a tomar rumbo.

En su convento las hermanas comenzaban a dudar de su razón, a creerla loca y poseída del demonio, términos sinónimos en aquella época. El chisme corrió por Avila. Ella no lo desmintió, meditando su plan en silencio y ejecutándolo en tal forma que, a haberlo sabido, Avila y la Encarnación habrían quedado pasmados.

La orden del Carmelo nació en Palestina. El estatuto fué corregido y redactado por Alberto, Patriarca de Jerusalén, allá

por el año 1200. Ya en el siglo XIII se fundan varias casas en Europa, pero solo de hombres. La regla era rigurosa : un carmelita debía vivir en el retiro, en el silencio y en el rezo, además en abstinencia perpetua y ayunando los mas de los dias.

La relajacion que en el siglo XIV invadió las órdenes religiosas, repercutió en el Carmelo, y el padre jeneral recibió de sus monjes la mision de ir a pedir al papa una reforma de la regla establecida por Alberto, en el sentido de hacerla mas llevadera.

La « mitigación » fué otorgada a los carmelitas por el papa Eujenio IV el 15 de Marzo de 1431. En este nuevo estatuto se derogaba la abstinencia perpetua, se suprimia el gran ayuno comprendido entre

el 14 de Setiembre y Pascuas, no eran obligatorios el retiro y el silencio. Los Carmelitas, con ese alivio, comenzaron, poco a poco, a deslizarse en un camino que no era precisamente el del cielo.

Los primeros conventos de carmelitas fueron fundados por Juan Soreth, general del Carmelo en 1442. Este padre, de raza normanda, de tez bronceada, y a quien el pueblo le había puesto el sobrenombre de el Etiope o el demonio, fué el precursor de Santa Teresa. Con un siglo de anterioridad a la Santa, hizo diversas tentativas para hacer volver el Carmelo a la regla primitiva. Iba de pais en pais y de convento en convento, restableciendo la disciplina y predicando las austeridades. Sus monjes le recibian con espanto y muchos de ellos con marcado odio.

Era demasiado temprano, y Juan Soreth sufrió la suerte de los reformadores venidos antes de tiempo. Los carmelitas de Nantes lo envenenaron. Después de su muerte casi todos los conventos de hombres volvieron a la vida fácil y el pasar agradable, y las carmelitas siguieron el ejemplo. El estatuto mitigado había vencido.

Santa Teresa, simple relijiosa sin recursos y sin apoyo, emprendió la tarea de ejecutar una obra que había sido irrealizable para un padre general, provisto de poderes amplios por el papa. Si se piensa en su situación, en su carácter, que llegó a ser tímido y receloso en el convento, la empresa sobrehumana de la santa no fué su sumisión a los rigores de la penitencia y su valentía para desafiar la suerte de

Juan Soreth, sino su resolución de abandonar la celda, de atreverse a hablar, de ponerse en evidencia en una ciudad como Avila donde se queria que las mujeres no dieran que hablar, y donde Sor Teresa no podia esponerse a otra cosa que a ser mal juzgada y peor tratada.

Aunque era muy valiente y de gran talento, a no haber tenido otra palanca moral, y muy poderosa, de accion, parece verosímil suponer que no habria acometido la obra que ocupó su vida entera.

Pero ese móvil poderoso existió. Era su misticismo, y no hay nada que ataje a un místico.

Su misticismo se hace visible durante la convalescencia de la gran enfermedad que tuvo a los veinte años. Crece en los años siguientes, que fueron de espera y de tra-

bajo interno, y se esplaya en la época de su vida que comenzamos a relatar.

Para comprender a Santa Teresa hay que contemplar en ella el aspecto curioso y extraordinario de su doble personalidad. Por un lado su imaginación ardiente de gran soñadora, por el otro lado su talento práctico de buena ama de casa, preocupada de la cocina y del bienestar material de sus monjas.

El tema es delicado pero la tarea se facilita con los informes, llenos de franqueza, dados por la misma Santa Teresa a ese respecto.

Tenia ideas muy precisas sobre las epidemias de éxtasis y de visiones, desconfiaba de las personas nerviosas y de los temperamentos anémicos, y hacia cuidar esas epidemias con buena alimentación y

reposito. Con toda crudeza llamaba cerebros enfermos a la mayor parte de esos visionarios, y léjos de fomentar la cria, mandaba reprimendas al personal de los conventos que comenzaban a llamar la atencion en ese sentido. « Si yo estuviera ahí, escribia en 1578 a una superiora, no pasarían cosas tan extraordinarias. »

Hay que confesar que ella aceptaba, por cuenta propia y como enviados por Dios, los mismos fenómenos que ridiculizaba en las otras. En esto se sometia al criterio de sus directores, « personas muy sabias » segun la Iglesia, y estaba, además, dispuesta a seguir el rumbo indicado por estos últimos en cuanto a su juicio en los casos de otras monjas. Mientras tanto y hasta que no hubiera mejores pruebas se atenia a la sabia máxima de « mens sana in corpore

sano ». Cuidar el cuerpo para que este no se venga sobre el espíritu.

Santa Teresa nos relata, en sus obras, sus impresiones corporales cuando sus ojos contemplaban a Dios en el mundo invisible, y sus oídos percibían las órdenes dictadas por Él. En su relato la palabra « alma » está tomada en la acepción de persona en éxtasis.

« (El alma), dice ella, cae en una especie de desmayo. Me sería casi imposible mover una mano. Mis ojos se cierran contra mi voluntad, si trato de abrirlos, no veo casi nada. Me siento incapaz de hilvanar una frase y de pronunciar una palabra. »

Estas crisis la dejaban en un extremo agotamiento y casi muerta. « Algunas veces, dice ella misma, quedo reducida a tal estreñidad que pierdo enteramente el pulso,



SANTA TERESA DE JESÚS
de Alonso Cano

mis huesos se separan y parecen desprendidos, mis manos tan envaradas que no puedo plegarlas. A veces hasta el día siguiente siento un dolor tan violento en las arterias y en los músculos que mi cuerpo parece dislocado. »

Esto duró años enteros y, cosa admirable, la mujercita o la « viejecita », como se llamaba ella misma, guardó siempre su cabeza despejada hasta que lanzó el último suspiro.

De este extraño estado de espíritu, de esta curiosa mezcla de preocupaciones, se desprendía un misticismo trascendental. Su análisis sutil se encuentra esparcido en todas las obras de Santa Teresa, en particular en su *Vida* (escrita por ella misma) y en el *Camino de la Perfeccion y Castillo interior*.

No es nuestro propósito profundizar este análisis hecho por la Santa, y la diferencia que existe entra la oracion mental y la oracion de quietud, y a su vez entre esta y la oracion de union, ni la manera de como « el alma se eleva desde la primera mansion espiritual hasta la séptima donde las tres personas de la santa Trinidad se le hacen visibles en un nimbo de llamas ».

Vamos unicamente a esplicar, lo mejor posible, al lector, a fin de que comprenda lo que va enseguida, que el misticismo nace de dos fuentes : la imajinacion y el sentimiento.

El misticismo que se deriva de la imajinacion y la excita considerablemente, lleva de ordinario a la locura. El que proviene del sentimiento, y que tiene su desahogo en arranques de ternura apasionados, deja

la cabeza mas serena; se le encuentra de ordinario unido a una intelijencia superior y a un gran sentido práctico. Santa Teresa es un ejemplo de lo dicho.

El propósito de fundar un convento en que se viviera en conformidad a la regla primitiva maduró en el cerebro de la Santa en el año 1560. Una amiga, a quien habló del asunto, prometió los primeros fondos. Junto con las primeras noticias del proyecto, que se esparcieron rápidamente en Avila, toda la ciudad se levantó contra las dos intrigantes, con esa furia y esa indignacion de la gente de provincia a quien se perturba las costumbres.

Los comadreoos y los chismes, los comentarios, las discusiones y las críticas corrian a parejas. La gente se indignaba y levantaba los brazos al cielo, en señal de protesta.

El mas mohino, con la polvareda levantada, fué el padre provincial, quien ordenó a las dos amigas se dejaran de bullangas y abandonaran sus designios. Con esto la gente de Avila se sosegó y no se ocupó mas del asunto. Santa Teresa encontró en esto su beneficio.

Suavemente, con toda discrecion, solicitó una autorizacion de Roma.

A nombre ajeno compró una casita capaz de albergar una dozena de monjas; y una madre Maria de Jesus, de quien hablaremos enseguida, aportó a la empresa sus luces, que no eran pocas.

Esta Madre Maria de Jesus era una religiosa de familia noble y que no sabia leer. Habiendo concebido en otra época la idea de fundar un convento, para ponerse en regla se fué a Roma, haciendo el viaje a

pié. Volvió de allá tan sabida y diestra en papeleos y formalidades que, gracias a ella, pudo Santa Teresa entender el estatuto primitivo de la órden y evitar los traspiés.

En Junio 1562 llegó el permiso de Roma. Santa Teresa buscó un pretesto, se instaló en la casita, le puso rejas y la denominó San José. En la mañana del 24 de Agosto, cuatro niñas adictas a sus ideas, se vinieron a la nueva casa y allí recibieron e hábito y la consagracion de un sacerdote. No terminaba la ceremonia, cuando ya la noticia corria por toda la ciudad. « Refiere un testigo ocular, que solo una repentina aparicion de los moros habria causado tal conmocion ». La poblacion de Avila se fué a las plazas y calles, los almacenes y las casas particulares se cerraron, y comen-

zaron a sentirse los rumores precursores de los motines populares.

En la Encarnacion la algazara era grande. La madre superiora hizo volver, a través de la muchedumbre exaltada, a Sor Teresa al convento, la recibió como a una criminal y la encerró en una celda.

Los dias siguientes fueron tumultuosos. El pueblo pedia a grandes gritos la destruccion del nuevo convento. El rejidor de la ciudad, instigado por la muchedumbre, se dirigió hacia San José a realizar el propósito, pero la vista de las cuatro novicias lo intimidó. Pocas horas despues volvió, decidido a todo; pero un fraile, adicto a Santa Teresa, discurseó, ganó tiempo y salvó el convento.

Sorprende tanta bulla por cuatro novicias, en un pais donde, segun un histo-

riador de la época, la cuarta parte de los adultos era jente de iglesia. La verdad es que no era el asunto de las novicias, sino el establecimiento de un nuevo monasterio el que exasperaba a los habitantes de Avila. Con su imaginacion de meridionales se creian arruinados por las limosnas futuras dedicadas al nuevo convento de San José.

Gracias al fraile que peroró a los exaltados, se pudo evitar violencias, pero la ciudad metió pleito « a doña Teresa Sanchez de Ahumada » por fundacion ilícita de una casa religiosa.

Ningun abogado quiso hacerse cargo de la defensa de doña Teresa. Esta, como buena alumna de la Madre Maria de Jesús, se defendió sola. Fué su propio abogado, navegando como experto marino en el mar

de los exortos y notificaciones, replicando por intermedio de un abate que se hacia cargo de los papeles.

Encontró otro abate, tambien su amigo, y que se hizo cargo de su defensa en el Consejo del rei en Madrid.

Fué paciente, tenaz, hábil, luchó siete meses contra la ciudad de Avila, le ganó el pleito y finalmente volvió triunfante a su casa de San José. La esperiencia adquirida en este asunto le sirvió toda su vida. Nunca la sorprendieron con firmas en contratos mal hechos, o le hicieron pagar cosas que no debia.

La reforma que introdujo y que completó poco a poco, se estendió progresivamente a todo.

En el nuevo estado de cosas un convento de Carmelitas pasa a ser un sitio

desnudo y silencioso donde se sufre hambre y frio, donde la disciplina lacera la carne, donde las rodillas se lastiman y se sienten vahidos de cabeza a fuerza de rezar; en ese sitio debe renunciarse a tener voluntad propia, juicio personal y a sus afecciones de familia. El que ahí vá, está separado de todo, privado de todo, muerto en vida. Su oracion no le pertenece; sirve para salvar las almas ajenas, aunque la propia, despues de tantos sacrificios, de tantos sufrimientos, de tantas angustias esté abandonada, perdida y sumida, hasta el dia del juicio final, en el tormento y en las lágrimas.

A primera vista esta ultima exigencia parece feroz. Está en ella, sin embargo, la grandeza de la concepcion de Santa Teresa.

Sin esa concepcion, la relijiosa no está al abrigo de la sospecha de egoismo. Frecuentemente oimos juzgar, severamente, la mujer que vuelve la espalda a los deberes de la vida para ir a trabajar dentro del claustro y en plena tranquilidad a su propia salvacion. Gracias a esa concepcion de abnegacion sublime, el incrédulo no puede sino inclinarse.

Lo que pedia Santa Teresa de sus relijiosas era mas terrible que las peores mortificaciones. Para alentarlas, tiene pájinas enérgicas sobre « aquellas personas a quienes les parece duro no rezar mucho en provecho propio ».

En cambio dejaba a sus monjas la única libertad verdaderamente preciosa en las órdenes contemplativas : la libertad en la vida espiritual; sus carmelitas se arregla-

ban con el cielo a su buen entender, y cambiaban de confesor y director, a su agrado.

Su carácter parejo y sus facultades de excelente dueña de casa hacían contrapeso a los rigores de una regla tan cruel.

El convento de San José se había poblado, pero los fondos eran escasos. La Madre Teresa (a quien se había nombrado superiora) consiguió difundir entre sus monjas sus hábitos de aseo y orden y su pasión por la escoba y el remiendo de cosas viejas.

Dios, les decía, está « tan presente » en la cocina y en medio de las ollas, como en la iglesia; y les enseñaba a poner amor propio en las faenas más vulgares. Admitía remiendos en las vestimentas, pero no roturas, y que las manos fueran callosas,

pero que en las celdas no hubiera pulgas. Pero sobre todas las cosas recomendaba la alegría.

La Madre Teresa le tenía horror a las beatas que ponen cara vinagre y no se atreven ni a hablar ni a respirar de miedo que la devoción se vaya, y les recomendaba a sus novicias evitar el ejemplo. Le gustaba que en los recreos estuvieran amables y dispuestas a entretener a sus compañeras, mostrando su ingenio « si por suerte habían nacido con él ». « Nadie tiene de más », decía con frecuencia, y predicaba con el ejemplo, recreando a la comunidad con el encanto de su ingenio.

Parecería increíble concebir la alegría en una carmelita reformada, sin embargo el caso es frecuente; y no es la clase de vida sino el fin que hemos dado a nuestra exis-

tencia, la que puede producirnos la serenidad.

Satisfecha de su obra la Madre Teresa no aspiraba a otra cosa que a vivir en paz en su casita, a regularizar aun mas severamente la existencia cotidiana, a mantener entre sus monjas la piedad elevada y ardiente, y las cacerolas de su cocina relucientes.

Jamás la idea de ejercer una accion sobre el conjunto de su órden, y sobre los destinos de la Iglesia Católica pasó por su imaginacion. No tenia la ambicion de Juan Soreth, pero actuó, sin pretenderlo, en e momento sicológico, y las circunstancias hostiles a uno favorecieron a la Madre Teresa de Jesús. Pero no sin graves tropiezos y dificultades, como veremos mas adelante.

CAPÍTULO IV

Felipe II no hacia diferencias entre su propio poder y el del catolicismo. Se creia nacido, no sin razon, para ser el pilar de una Iglesia en la cual la obediencia es una regla. Sin embargo exijia de su clero una sumision preferente a la del Jefe de la Iglesia, e impuso con facilidad su voluntad reservándose la colacion de los empleos y beneficios, y probándole, con sus actos, su poder y voluntad de ampararlos, aún contra Roma. Este curioso devoto llegó al extremo de nombrar arzobispo un hombre escomulgado por desobediencia al papa, desobediencia que aprobaba Felipe II.

Obispos y frailes le eran enteramente

adictos, porque todo lo esperaban de él, y en esto estaban de acuerdo con la España entera, que apreciaba en su rei lo que la historia le reprochaba : su cariño a los ritos esternos del culto y su celo en la persecucion de la herejia. Ante los ojos de los españoles, Felipe II ceñia una aureola. El veneciano Contarini escribió a este respecto « no lo quieren, no lo veneran », lo adoran, y sus órdenes son tan sagradas que desobedecerlas seria, segun ellos, ofender a Dios.

En la lucha que la reformadora Santa Teresa está llamada a sostener, se dirigirá al rei, forzosamente, empujada por las circunstancias, sin atenerse a la etiqueta, y buscará en él su sosten contra el nuncio del papa. Forzosamente, tambien, sus adversarios buscarán su apoyo en Roma.

En 1566 el jeneral de los carmelitas vino a España, invitado por Felipe II que hubiera querido ver a los frailes pobres y santos, y que se daba cuenta que habia mucho qué hacer en ese sentido en sus dominios. El padre jeneral se ocupó, en especial, de los conventos de hombres, y tomó en ellos algunas medidas, sin importancia, que, por lo demás, fueron muy mal acogidas por los frailes y se volvió prudentemente a Roma. Sin embargo su viaje de resultados insignificantes, al parecer, tuvo en el porvenir las mayores consecuencias.

En su paso por Avila visitó San José y lo encontró tan conforme a sus vistas en la materia, que otorgó letras patentes a la Madre Teresa facultándola para la fundacion de nuevos monasterios.

« Yo no las habia pedido », dice la Santa,

y su palabra merece fé, pero esa autorizacion fué para ella un rayo de luz.

Hizo alcanzar al padre jeneral en Valencia por un correo encargado de pedirle letras patentes para la fundacion de conventos de frailes, sometidos a la regla primitiva; y esa autorizacion fué acordada.

Santa Teresa conocia los progresos realizados por la reforma protestante y la necesidad imprescindible en que estaba la Iglesia Católica de librarle batalla. Sus ejércitos de frailes encerrados en conventos, reputados por su buena bodega, y de monjas cantando coblas con jovenzuelos en los locutorios, no eran los llamados a inspirar confianza.

La Santa sabia que en España se encontraban elementos admirables para hacer reverdecen el Estatuto cruel del primitivo

Carmelo. Sabia que, hombres y mujeres, se precipitarían a llenar esos claustros donde las torturas del cuerpo y del alma iban a embriagarlos de voluptades místicas.

Sancho Panza se había hecho fraile y Santa Teresa emprendía la obra de desalojarlo e instalar en su sitio el alma noble y desinteresada de Don Quijote.

Se propuso fundar una casa de Carmelitas en Medina del Campo, a quince leguas de Avila, y se puso en marcha a ese lugar en el mes de Agosto de 1567 y se puede decir que, desde entonces, no descansó en su vida errante, salvo durante una reclusion forzada que contaremos mas adelante.

Durante los quince años que le quedaban de vida, la Madre Teresa recorrió la España en todos sentidos. En mula y en

carreta. Atravesó varias veces la polvorienta Castilla, de horizontes empañados, visitó la Andalucía y su clima tibio le hizo daño, caminó por sierras sin árboles y sin senderos, se alojó en posadas miserables, frecuentadas por capataces de mulas; se privó de toda comodidad, y con un brazo quebrado y mal compuesto, roida por una fiebre continua, hechó los cimientos de un edificio tan poderoso y duradero que ya en 1713, se habian fundado en España 266 conventos de hombres y mujeres, conforme a la regla restaurada de Santa Teresa, y en el resto de la Europa habia 400.

Partidarios y adversarios de la Santa habian de dar igual testimonio de la enerjia y talento de organizacion de esa inválida que, asaltada por dolencias que, en el comun de los mortales, debilitan el juicio,

y que siempre sabia, prudente y risueña, condujo a buen fin una obra gigantesca.

Las dificultades materiales fueron grandes. Hubo necesidad de encontrar dinero, desvanecer las desconfianzas de las autoridades y a veces del mismo clero, vencer la hostilidad de los antiguos conventos, para quienes la reforma constituia a la vez una afrenta y una amenaza. Lo mas difícil fué escapar de las garras de los benefactores, sobre todo de las benefactoras que se creian con derecho de mezclarse en todo porque habian soltado la bolsa. Una de ellas, una princesa de Eboli, de gran situacion en la corte de Felipe II, habiendo tenido el capricho de fundar un monasterio bajo los auspicios de la Madre Teresa, consideraba su Carmelo como su juguete, y atormentaba mas a las pobres relijiosas

allí enclaustradas, que pudiera haberlo hecho el tirano mas cruel.

Hizo tantas y tan gordas que la Madre Teresa tomó el partido de trasladar sus monjas a otra parte y ejecutó su plan, de noche, ayudada por jente de su confianza. Pensó, con razón, que habia menos riesgo en fundar conventos con ayuda de la sola Providencia que con auxilio de dinero ajeno. Cierto era que en los comienzos solia faltar la comida, pero con las mínimas exigencias de los conventos reformados, luego se arreglaban las cosas, y no tardaba en aparecer alguna postulanta con dote suficiente para poner remedio a la extrema pobreza.

El único lujo de Santa Teresa, al cual sacrificó siempre todo, fué dar a sus monjas panoramas hermosos. Le parecia secun-

dario comerse solo una sardina entre cuatro, si un bello paisaje le servia de salsa.

Uno de sus rasgos jeniales fué comprender que, a un nuevo estado de cosas, correspondia un nuevo estado de espíritu. El personal de sus nuevos conventos fué seleccionado con cuidado, y rechazó con enerjia las postulantas que la asediaban con empeños de fundadores y fundadoras, benefactores y benefactoras, protectores y protectoras y otras pestes. « Dios me preserve siempre, decia, de esos grandes señores que todo lo pueden, y que tienen la mollera tan atravesada. » Dios no le hacia caso, pero en cambio ella gastaba en la defensa una enerjia indomable y declaraba que « aunque el mundo se hundiera » nadie le haria aceptar una persona poco a propósito para el oficio.

Por de pronto acostumbraba dejar a un lado cierta clase de personas que, plaga antigua de las órdenes relijiosas, entraban al convento sin vocacion y para escapar una situacion poco brillante en el mundo « convirtiendo los monasterios en pensionados de familia ». Tampoco admitia que los convirtieran en hospicios donde los padres pudieran asilar sus hijas jorobadas, cojas o idiotas. Enviaba jente de su confianza a examinar las postulantas, y rehusaba a las deformes, fuera cual fuera la cuantia de la dote. En cuanto a las tontas, las rechazaba de plano. « La lesura es incurable », decia.

Le inspiraban especial desconfianza las meláncolicas. Habia observado que la melancolia (hoy dia diríamos pesimismo) es contagiosa. Es esta una enfermedad « muy

peligrosa », decía ella, y hay que « tratarla como tal », y aplicaba un tratamiento de su invencion y de doble alcance, para el cuerpo y el alma. Para el cuerpo prescribía purgantes, cesacion de ayunos y nada de pescado; la terapéutica de Santa Teresa era la misma que la del *Médico a palos* de Molière. Para el espíritu su tratamiento era el siguiente : se le impedirá ¡meditar, aunque haya que acortarle los rezos, se le obligará a hacer vida activa, dándole trabajos manuales de uso doméstico, se le hará ver que no tiene nada de interesante, tratándola sin deferencia especial y obligándola a obedecer como las demás.

Santa Teresa habia observado que la obediencia es antipática a las melancólicas, y sacó sus consecuencias. « Se llama melancolia, decía, lo que en el fondo no es

sino el propósito de hacer su capricho. » Agregaba que el sitio del mal estaba en la imaginación y que es tan raro el caso de cura, como el de muerte, pero que, en cambio, muchas veces las melancólicas paran en locas y en todo caso, y siempre, son insoportables.

Hacia gran caso de la instrucción, pero sobre ella colocaba el buen juicio, odiaba cordialmente las pedantes y las palanganas. Dios, les decía « no tiene ningún interés en que le quiebren la cabeza con discursos largos ». En su interior, creía firmemente que Dios tiene la facultad de entender a media palabra, y que no toma en cuenta sino la intención.

Cuando se ocupaba de esas nueve señoritas entre las cuales « solo una sabia leer corrientemente » y que pasaban sus

días a deletrear sus oficios en libros diferentes sin marchar jamás de acuerdo, las alentaba diciéndoles que Dios « aceptaba sus esfuerzos piadosos » que realmente eran grandes. Tenia predilección por la juventud y « su gentil alegría » que, en cuanto a ella toca, conservó la vida entera. A los sesenta años recordaba con júbilo los miedos de la hermana Maria que, vieja ya y sin ningun atractivo, una noche que alojó en una antigua pension de estudiantes no durmió temiendo la aparicion de alguno de ellos, escondido ahí con malas intenciones. « Cuando me acuerdo, me muero de risa », escribia Santa Teresa!

Gustaba de las naturalezas sanas, de los espíritus rectos, del mérito en todas sus formas y de la jente en buena salud. Ya sea por azar o por otro motivo, el personal

de sus conventos fué siempre reclutado en la nobleza.

Ya en 1568 se ocupó de fundar un convento de hombres, y se valió con este objeto de dos relijiosos que habian seguido sus miras : uno era el padre Antonio, hidalgo esbelto y belicoso, comprometente en los dias de lucha, como el fogoso padre Mariano de quien ya hemos hablado; el otro fué el autor de la *Viva llama de amor*, Juan de la Cruz, tan chiquito, delgado y delicado que Santa Teresa decia que la reforma de los carmelitas se habia iniciado con un fraile y medio.

Los dos se instalaron en una bicoca, donde en invierno les caia la nieve encima. El padre Antonio se puso a barrer (como buen discípulo de Santa Teresa) sin acor-

darse de sus antepasados ni de sus títulos, y algunos meses mas tarde ayudaba a instalar una segunda casa donde entró el fogoso padre Mariano.

Los carmelitas reformados fueron designados, a causa de sus sandalias, con el nombre de carmelitas descalzos. Vulgarmente se les aplicaba solo el apodo de los descalzos, y los conventos se poblaron rápidamente.

Al mismo tiempo Santa Teresa recibió encargo de sus superiores de reformar la Encarnacion, su primer convento. Cuando supieron la noticia, las monjas levantaron el grito al cielo ¿Entonces, decian, vamos a encerrarnos en el convento detrás de rejas? ¿no vamos a tener paseos ni reuniones galantes en el locutorio, ni pequeñas tertulias nocturnas en las celdas?

Eso era intolerable. Las relijiosas declararon que nada en el mundo las obligaria a recibir a la nueva superiora y llamaron en su auxilio a la juventud dorada de la ciudad. Esta no se hizo de rogar, pues se trataba de defender su propio bien y el único recurso de diversion en un pais de maridos celosos.

Cuando Santa Teresa llegó, escoltada por el padre provincial en persona, encontró la Encarnacion ocupada por los jóvenes de Avila. Las monjas gritando y manoteando les impidieron la entrada. Penetraron por fuerza, y llegaron hasta el coro con ayuda de una dozena de hermanas que les eran adictas, alli se encontraron en medio de doscientas mujeres furiosas que gritaban, amenazaban e injuriaban a cual mas mejor.

La madre Teresa permaneció humilde, llena de dulzura e impasible. La bullanga duró muchas horas, al cabo de las cuales, siguiendo el curso invariable de las cóleras femeninas, las monjas comenzaron a llorar y a desmayarse. La madre Teresa las hizo volver en sí, sin darles siquiera un vaso de agua. Las amotinadas ya fatigadas volvieron a sus celdas y los jóvenes de Avila se dispersaron, no atreviéndose a estrangular a la madre superiora en su sillón del coro; pero la sedición no terminó ahí. Le fué preciso a la « Madrecita » un lujo de diplomacia, de gentileza y de paciencia para acabar con esas coléricas.

Comenzó por no exigir todo a la vez. Un día suprimió la guitarra, otro el clavicordio, sustituyó poco a poco los cánticos sagrados a los romances musicales, y de acuerdo

con las « venerables » y con las monjas viejas dejadas de pretensiones, modificó las cintajas y peinados complicados; por grados fué suprimiendo los amueblados de lujo y las sesiones interminables en el locutorio, y se impuso la tarea de entretener a las hermanas. No fué cosa fácil, pero la madre Teresa era ingeniosa, y el ingenio sirve mucho, aun para ser Santa.

Desplegó un talento tan esquisito, que hasta las mas rehacias se rindieron.

Los caballeros anduvieron mas tercios. Vinieron en bandada a las rejas del convento, pidiendo a gritos la presencia de sus amigas. Un buen dia apareció la madre Teresa en persona, y los amenazó con quejarse al rei. Se lo tuvieron por dicho y no volvieron mas.

El asunto de la Encarnacion metió, na-

turalmente, ruido. La reforma se hacia cada vez mas popular, a causa de sus mismos exesos, que la reformadora trataba en vano de impedir. Los descalzos se sometian a las penitencias más bárbaras, y las carmelitas se arruinaban la salud.

Las visiones y los éxtasis se multiplicaban en los claustros, y cuando el pueblo español distinguia en algun sitio público los hábitos blancos y los velos negros, sentia una emocion, que Santa Teresa, a su llegada a Córdoba, describe asi : « Se hubiera dicho, al ver el tumulto de la muchedumbre, que se trataba de una entrada de toros ».

Esto es una evocacion para el que conoce a España. Cuando en aquel pais se oye el grito de « Ahi vienen los toros » una emocion intensa se apodera de los

paseantes, que se apresuran a buscar refugio y puntos de mira. Se vé entonces pasar, a todo trote, los soberbios animales de la corrida próxima. La jente los sigue con una éspresion de ternura feroz, examinando los agudos cuernos y sus cuerpos vigorosos, que al dia siguiente van a destripar numerosos caballos y a soportar heridas terribles, ántes de caer traspasados por la mano del matador.

Se comprende así el prestigio que, ante esos mismos ojos, tuvieron esos frailes y esas monjas que se enterraban puntas de fierro en el cuerpo, se acostaban sobre cardos, no dormian, ni comian y tragaban cosas inverosímiles a guisa de penitencia.

La madre Teresa se horrorizaba de estos exesos, ella que siempre predicaba la mo-

deracion, pero la plebe gustaba de los descalzos, como de los *toros*.

Entre tanto los frailes mitigados estaban inquietos, sintiéndose amenazados y conducidos a remolque por la reforma; y se alarmaron, definitivamente, cuando les llegó la noticia de que un descalzo habia sido nombrado visitador, como quien dice inspector, de una gran parte de sus conventos.

De entónces data la gran lucha entre mitigados y reformados, lucha en que la obra de Santa Teresa hubiera perecido diez veces sin la constancia y tenacidad « de la pobre viejecita ».

CAPÍTULO V

El punto débil de la obra acometida no escapaba al ojo penetrante de Santa Teresa y ella lo esplica con toda claridad. « La reforma, dice ella, llevaba en su seno un jermen de ruina a corto plazo. Los religiosos no formaban provincia a parte y habian continuado sometidos al gobierno de superiores pertenecientes a la observancia mitigada. Además no tenían aun estatuto propio y cada monasterio, maneándose a su antojo y segun el juicio de cada comunidad, ponía en serio peligro el nuevo orden de cosas ».

Por el contrario los mitigados marcha-

ban compactos, tenían grandes influencias en Roma y se sentían poderosos.

Resolvieron acabar con los nuevos conventos que provocaban comparaciones poco favorables para ellos, y trabaron la lucha en un capítulo jeneral de la orden que tuvo lugar en Placencia en marzo de 1575.

Las primeras ventajas fueron, fácilmente, ganadas por ellos. El capítulo dió orden de echar los descalzos de sus casas y de relegar la madre Teresa, esta « vagabunda » como la llamaban los mitigados, al fondo de un convento, con orden de no moverse de ahí.

Ella esquivó el golpe y salvó a los suyos, pidiendo amparo a Felipe II, que protejía la reforma: enseguida y con toda sabiduría aconsejó a los suyos la discrecion,

pero esos monjes no se dejaban conducir fácilmente,

La mayor parte tenían el temperamento de aquel famoso capuchino francés que se llamó el Duque de Joyeuse, que botó el hábito en tiempo de la Liga para mandar éjercitos y que, segun Saint-Simon, en veinte años de profesion relijiosa, hizo un paréntesis de diez, dedicado a la noble profesion de las armas.

Los descalzos tampoco temian a los paréntesis belicosos y el padre Antonio, batallador eximio, les echaba en cara su cobardia. Como aun vacilaban, el propio padre Mariano con su voz de clarin tocó la carga y predicó sobre el testo latino : « Tempus pacis, tempus belli ». Los tímidos cejaron y comenzaron a atacar a su vez.

Convinieron en que aquel de entre los

padres descalzos que tenia poderes de visitador, se trasladara al gran convento de mitigados de Sevilla con instruccion de reducirlos. El padre Mariano que sintió olor a pólvora lo acompañó. Cayó en medio de la mas gran revuelta de frailes que jamás nadie pudo soñar, vió al padre visitador casi hecho añicos en medio de un toletole horroroso. Corrió entonces en busca de auxilio, consiguió hacer venir al gobernador de Sevilla, trajo al arzobispo, libró al visitador y esa noche debió dormirse soñando con la batalla de San Quintin.

Seria largo y fastidioso contar, con detalles, una querrela que duró años. Bastará con que se sepa que, después de diversas alternativas, los mitigados se ganaron el apoyo de Roma.

Los descalzos resistieron aun durante algun tiempo gracias a Santa Teresa, que desde su prision los dirijia y los aconsejaba como persona muy perita en trances humanos. « Creo que dice la verdad, escribia en ese tiempo al padre Mariano, refiriéndose a un fraile, porque, por el momento, le conviene decirla ».

Con semejante jefe si se le hubiera obedecido siempre, la reforma no habria sido jamás vencida. Por desgracia no sucedió asi, y los descalzos procedieron con imprudencia y torpeza. Fueron a un mismo tiempo agresivos y tímidos y, para no ahorrar lesura, se malquistaron con el rei, que los abandonó.

Desde los primeros meses del año 1578 se vieron obligados a dispersarse y a esconderse. Los mitigados alcanzaron a

ponerle el guante a unos cuantos jefes que, tratados como en ese tiempo era de uso y costumbre entre frailes, fueron encerrados en oscuras celdas y azotados como a perros. Un decreto del nuncio consagró la destruccion de los monasterios reformados. Esto parecia ya el fin.

Cuando llegó hasta la celda de Santa Teresa la noticia del decreto del nuncio, por la primera vez de su vida se sintió doblegada. Se encerró un dia entero para estar sola y llorar a sus anchas.

La desesperacion del místico que vé fallar su empresa, no es la del comun de los mortales, su angustia es grande. Esa obra inspirada por Dios mismo ¿ porqué va a la derrota y a la ruina? ¿ Porque se desdice Dios? Porqué se burla de su servidor? ¿ Qué ideas pasan por esas cabezas miste-

riosas? ¿Como y porqué la angustia se convierte en fervor? ¿la duda en certidumbre? ¿Donde está la juntura entre el visionario y el hombre de accion? No se sabe.

La Madre Teresa se levantó al dia siguiente tranquila y resuelta. Escribió muchas cartas, que desgraciadamente se perdieron, despachó sinnúmero de misivas a los descalzos, a jente de la nobleza, al consejo del Rei y al mismo Felipe II.

No conocemos las cartas pero sí sus resultados. Felipe II dijo, secamente, al nuncio del papa: « Le agradecería, monseñor, que protejera la virtud. Ud. malquiere a los carmelitas descalzos y se los hace sentir ». El nuncio se retiró muy emocionado y se apresuró a concluir la paz. El papa la sancionó y erigió a los descalzos

en provincia separada, independiente de los mitigados. La Madre Teresa recobró su libertad y volvió a subir en su carreta de viaje.

Durante su cautiverio compuso el mas celebre de sus escritos místicos : *Las moradas*.

Ese libro será leído mientras exista una Iglesia Católica y haya comunidades religiosas. Santa Teresa compara el alma a un castillo construido en un diamante y que contiene siete moradas. La oracion es la puerta del castillo. Por ella se entra en las diversas moradas donde habitan el recojimiento sobrenatural, la alegria espiritual y otros estados místicos hasta que se llega a la morada del centro, donde se realiza el matrimonio espiritual.

Pero en cuanto se trataba de negocios y

de la administracion de sus conventos, la Madre Teresa se dejaba de frases hermosas y de sentimientos alambicados. Un gato para ella siempre fué un gato y no un serafin. Los descalzos, definitivamente vencedores, celebraron un capítulo jeneral en Alcalá (1581). La Madre Teresa hizo revisar y corregir ahí los reglamentos.

Segun ella habia que combatir dos grandes enemigos : la enfermedad del escrúpulo necio que roe los espíritus estrechos o timoratos, y el desaseo, costumbre inveterada en los descalzos y, en jeneral, en los frailes de todas las demas órdenes religiosas de la época.

Su vida entera fué de combate contra estas dos plagas. « No haga el beato que se escandaliza de todo », escribia con rudeza a un prior poco indulgente. A otro

futuro prelado, que tenía distracciones durante sus rezos, y que con este motivo se atormentaba la conciencia, le escribía : « Por lo que se refiere a sus distracciones mientras reza el oficio, estoi como Ud sujeto a ellas, y le aconsejo que lo atribuya, como lo hago yo, a debilidad de cabeza; el Señor sabe mejor que nosotros nuestra buena intencion ». Las niñerías y las lesuras de sus monjas la sacaban de tino.

Pidió al capítulo de Alcalá la supresion del mayor número posible de motivos de escrúpulo : « Tened cuidado, les decia, de no entrar en muchas esplicaciones respecto de la clase de tela con que deben fabricarse las vestimentas interiores de las relijiosas porque no acaban con los escrúpulos ». « Soi partidaria, agregaba en una carta escrita al padre Graciano, que no se

exajere el réjimen de ayuno, prohibiendo los huevos durante la cuaresma y el pan en la colacion. »

Su gran espíritu abierto a todos los horizontes resolvía en sentido negativo una cuestión que ha sido siempre discutida entre moralistas, y resuelta con criterio diverso.

Cuando nuestro espíritu dá cabida a pensamientos que no habríamos autorizado si los hubiéramos previsto, y que nos dan la visión sino el deseo de una falta o aun de un crimen ¿somos culpables? ¿somos responsables? Santa Teresa contesta, no.

« No se figure, escribe ella a su sobrina, que un pensamiento sea un pecado por malo que sea. »

Para ella el problema era sencillo : era

el diablo que soplabá al oído los malos pensamientos.

Para otros que creen ver en esto no el diablo, con sus clásicos cuernos y su cola, sino el demonio de la perversidad que cada uno lleva consigo, el caso es más dudoso.

En cuanto al desaseo, nadie le hará creer que esto constituye un mérito a los ojos de Dios. « Es una cosa horrible », dice, y todo sacrificio de dinero en beneficio del aseo, tiene su asentimiento.

Ya la encantadora Madre Teresa está vieja, gastada y medio muerta ¿ qué queda de ella? En su exterior nada; arrugada, con un brazo encojido, dispéptica, medio paralizada, afebrada y adolorida, solo sus hermosos ojos negros hablan de los tiempos pasados. En su interior, queda

todo : criatura viva, amable, esquisita, corazon ardiente que si no hubiera sido el de una santa habria sido el de la enamorada Julieta de Shakespeare; y al mismo tiempo una mujer de jenio, llena de ideas graves y elevadas, y de una dignidad incomparable.

La religiosa desigual e inquieta de los primeros años llegó a ser una de las grandes figuras del mundo católico. El compuesto de su personalidad era el de un ser perfectamente noble, de gran orijinalidad y que unia a una imajinacion desbordante, el mayor buen sentido que jamás haya existido en cerebro humano.

¿Como esa doble existencia de vida material y sobrenatural no perturbó jamas su límpida y clara intelijencia? ¿como esas dolencias tan prolongadas, repetidas y

cruelles que la ponian a dos dedos de la muerte le dejaron la cabeza tan despejada que siempre pudo pasar sin ningun esfuerzo de un « extasis » a una ocupacion manual y de un « milagro » a una carta de negocios? Es ese el problema indescifrable de esa vida extraordinaria.

Sus biografias refieren un caso que es el extracto de su historia. Un dia que se ocupaba en hacer freir un pez para la cena de la comunidad, cayó en uno de esos estados de éxtasis que le quitaban el movimiento y la voz; cuando la crisis pasó, se vió que la Madre Teresa no habia soltado el mango de la sarten en que se hacia la fritura. Se puede decir que durante toda su vida, maravillosa y sobrenatural, no soltó nunca el mango de la sarten.

Tenia grandes horizontes y una valentia

de hombre, tranquila y pareja. Los frailes y monjas de su tiempo le causaban vergüenza, y penetrada del espíritu caballeresco de el alma española, comprendió que sus expectativas de éxito serian mas numerosas mientras mas exigiera de ella tratamientos severos, renunciias crueles y locuras para matar la carne y el espíritu de mundo. Exigió audazmente cosas sobrehumanas y las obtuvo; no habria obtenido nada si hubiera pedido ménos.

Lo que comprueba la agudeza de su punto de mira, fué la necesidad en que se vió de retener el impulso que ella misma habia dado, y que exajeraban sus relijiosas, de recordar, continuamente, a los suyos la existencia de un cuerpo que, cuando se le trata con exesivo rigor, se venga sobre el espíritu. « Dios me pre-

serve, decia ella, de esa jente demasiado inmaterial. »

Tuvo que defender su obra contra una órden poderosa, contra Roma, contra la indiscrecion de los suyos; la salvó y la dejó a la posteridad.

Habrà quien censure sus ideas, se burle de su fé candorosa y de sus familiaridades con la divinidad, y tema su influencia en las cabezas jóvenes y sin esperiencia, pero cuando penetramos en su vida íntima, a cuatrocientos años de distancia, sentimos en nosotros su ascendiente irresistible, y comprendemos la seduccion que se apoderó de sus contemporaneos y los hizo levantar montañas.

Su encanto se adivina. Santa Teresa rebozaba vida. No conoció nunca la indiferencia que relaja. Detestó la melancolia,

causa de debilidad, y tambien a los poltrones y a los llorones; quizo que el hombre fuera valiente y afrontara su destino. Creyó, tuvo voluntad y accion.

En el mes de Setiembre de 1582, estando ya muy enferma, emprendió viaje de Valladolid a Alba, languideció allí dos semanas y murió.

Se le enterró en el convento de carmelitas de Alba, al lado afuera de las murallas y de las rejas, al fondo de una fosa mui profunda y bajo un monton de piedras.

Todas las precauciones tomadas para proteger su cadaver fueron inútiles. Dos frailes trabajaron cuatro noches, la desenterraron y cortaron una mano para hacer de ella una reliquia.

Otro fraile enviado por el capítulo de de los descalzos la volvió a desenterrar y

quiso cortale el brazo, que le quedó entre las manos « como una fruta madura ». Una hermana lega vino a su turno, y como una fierecilla, le arrancó el corazon con un cuchillo. Su pobre cuerpo ha sido hecho jirones y sus pedazos dispersados en los altares de las Iglesias. Diversas ciudades se disputaron su cuerpo mutilado, que fué llevado y traído; ahora descansa en paz en la misma ciudad donde encontró la muerte. En Alba.

Entre las diez y once de la noche, por toda la estension del mundo cristiano la carmelita reza. Su oracion no es en provecho propio; tampoco le aprovechan las llagas que la disciplina deja marcadas en sus espaldas, ni los calambres de su estómago hambriento; su superiora se lo recuerda todas las tardes, la carmelita

ocupada de su propia salvacion es una carmelita indigna; su mision es socorrer las almas de los otros, no la propia.

Se le ha dicho que esa es la hora del pecado en el mundo, y como ella entró al claustro jóven e ignorante del mal, esas palabras la hacen soñar con misterios desconocidos y terribles.

Cuando está en oracion, le parece ver el gran ejército del pecado invadir silenciosamente la tierra oscurecida. El tropel aumenta, va a cubrir el mundo, pero, al traves de su ruta tropieza con un grupo prosternado. Son las pobres monjas vestidas de bayeta. A su vista el siniestro ejército retrocede; algunos mortales se han salvado cuando ya estaban al bordo del abismo. La carmelita lleva a su celda la vision de su victoria, y se duerme feliz.

Esé rayo magnífico de poesía, es la creación de Santa Teresa de Jesús, que dió a sus carmelitas, en la esperanza de espiar por sus semejantes, el pago de su sacrificio en la tierra.

La esperanza, dice San Basilio, es el sueño del hombre que vela.

La esperanza que Santa Teresa legó al Carmelo, es un sueño sublime.

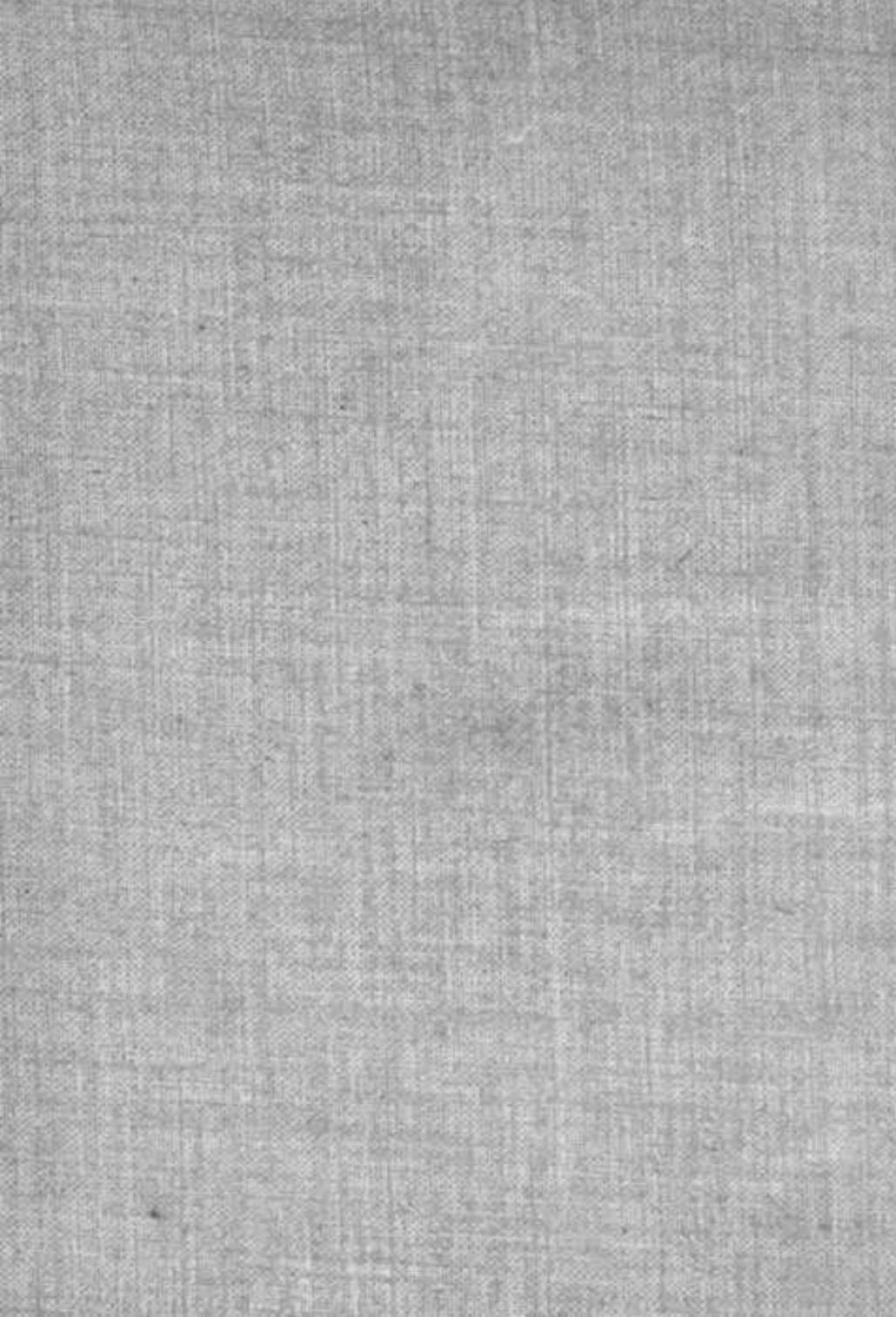
PARIS. — IMPRIMERIE LAHURE
9, rue de Fleurus, 9.

CONSTITUTIONAL HISTORY - PART I

BY J. H. BURNETT



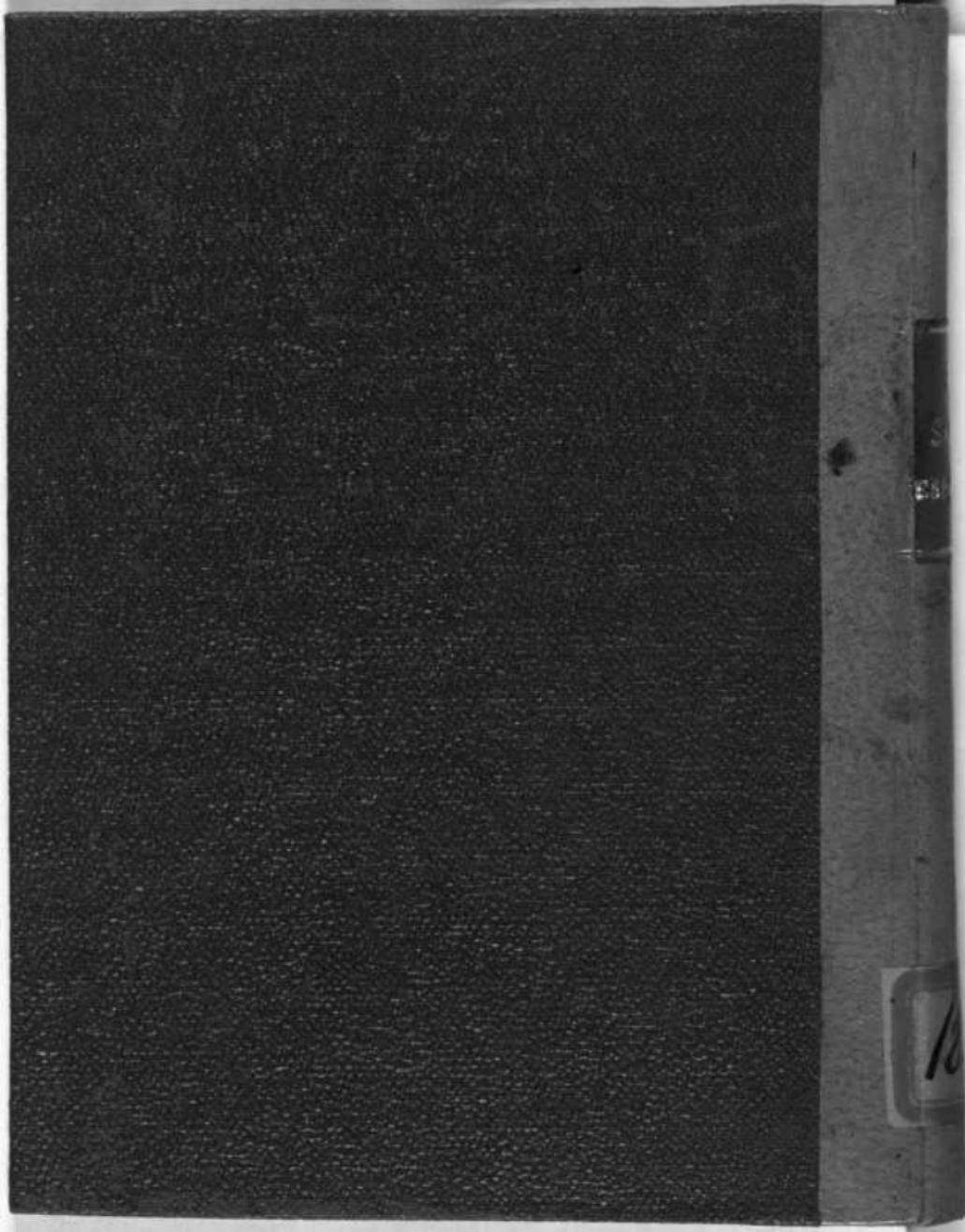




1843

125

3



1843